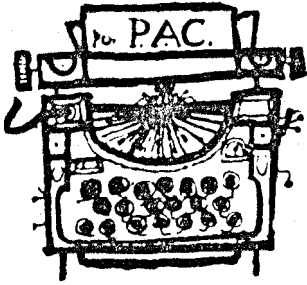


escrito a máquina

El Mal Del Micrófono



"Como una vasta tienda
vi aquel coloso negro ante el sol
maravilloso de majestad. Padre viejo
qué se duplica en el armonioso espejo
de una agua perla, esmeralda, col".

Comentando este trozo de poema de Rubén un crítico hacía notar la "intrepidez" de la lengua poética de Rubén (intrepidez en busca de exactitud) que incorporó a su gama el tono cromático de la vulgar col, junto a las piedras preciosas".

El nicaragüense ha tenido una virtud —de la cual es máxima expresión Rubén Darío—: ser tajante y exacto en su lengua. A pesar de la vegetación tropical y lujuriosa que le rodea existe en el nicaragüense, en la lengua del nicaragüense una inclinación predominante hacia la sobriedad y la exactitud. Hablo del nicaragüense en su tipo mayoritario que es campesino y rural: aunque también existe en contraposición y como contra-tipo el verborreante, cuya exuberancia de bosque húmedo predomina en el recién-alfabetizado y en algunos tipos de quienes se dice que tienen "facilidad de palabra". Pero no hay tal facilidad de palabra (al contrario, no saben usar la palabra y llenan el hueco de la inexactitud con montones de palabras aproximativas o innecesarias), sino exceso de comunicabilidad, de extroversión, y en algunos, horror a su propio vacío.

El pueblo nicaragüense —por ese amor a la exactitud— es "mal hablado". No elude lo feo, ni lo asqueroso, ni lo indecente. Usa muy pocos eufemismos. Y no sólo le dice al pan, pan y al vino, vino, sino que descubre y desnuda la mala palabra que otros pueblos —más pudorosos y quizás más hipócritas en su lengua— recubren o esquivan.

A la poesía se llega por la exactitud. Yo creo que buena parte del don poético que posee Nicaragua y que a críticos extranjeros sorprende o desconcierta se debe a esa virtud expresiva de nuestro pueblo. Rubén colocó la "col", entre la perla y la esmeralda, sin miedo a su humildad porque su color era el exacto en la gama cromática del lago de Managua donde se refleja y "duplica" el "coloso negro".

Sin embargo, desde hace algunos años y en creciente y alarmante magisterio, se han montado en Nicaragua algunas cátedras de tropicalismo lingüístico que van a acabar sofocando la hermosa virtud del bien-hablar nicaragüense.

Hablo un poco de los periódicos, pero sobre todo hablo de las emisoras. Yo no sé si el micrófono, por ser un aparato tiránico que exige palabras, es el culpable. O quizás la impreparación de quienes se colocan frente al micrófono horas y horas al día —obligados a la improvisación— (Yo no los culpo a ellos). Pero el hecho es que la radio parece hasta el momento producir, por propia naturaleza, un mal de lengua. Le es inherente la supervvegetación, como ciertos lugares de la selva donde brotan los "mata-palos", y las sofocantes enredaderas que recubren y hacen perder sus límites y luego su savia y por fin su vida a los árboles.

Hay algo contra la palabra, contra su exactitud, en el "clima" radial porque hemos montado su emisión del pensamiento sobre la alegre teoría de que el aire es equivalente a improvisación. Sin embargo, donde existe un pueblo donde predomina caudalosamente el analfabetismo, la teoría debería ser lo contrario: Cuidar sobremanera los cauces del aire porque son los únicos por donde corre la cultura (o por donde debiera correr) para una gran mayoría.

Estamos llevando al pueblo nicaragüense —hasta a los más lejanos rincones de nuestra virginidad campesina— una lengua catastrófica: como si en vez de dotar, a quienes necesitan navegar por el habla de un bello y eficaz barco, le diéramos los despojos de un naufragio, maderas rotas y podridas, verbos en balsas mal amarrados por una sintaxis casi pre-humana, y palabras falsas, insostenibles, de un diccionario atacado de amnesia o de neurosis.

Si hay tanto empeño en alfabetizar a nuestro pueblo, deberíamos comenzar por su "kindergarten", cultural, que es la palabra oída, y llevarlo a la palabra escrita por un proceso de ascenso. Pero ¿cómo vamos a enseñarle a escribir si antes le enseñamos a mal-hablar?

Nicaragua es el lugar donde la radioemisión de la palabra debería ser super-cuidadosa. Y es lo contrario.

En vez de aumentar los campos cultivados de la cultura, estamos aumentando la selva.

¿Cómo evitarlo? Yo sé que hay muchos elementos de la radio que tratan de superar su propio clima (clima al que agregan descuido e improvisación no pocos periodistas) y es a ellos a quienes me dirijo. Quizás la forma de superar el "mal del micrófono" sería obligar a algunos locutores a escucharse. Sé que no se entenderían y quizás entonces tratarían de explicarse. . . .

Pablo Antonio CUADRA.